

Hacia una Cosmovisión Cristiana

Una Perspectiva Clara ante la Vida y el Destino

John M. Fowler

Cada individuo posee una cosmovisión, sea que se dé cuenta de ello o no. Cuando los fundadores de los Estados Unidos de Norteamérica declararon que "todos los hombres han sido creados iguales", estaban expresando el fundamento de una cosmovisión cuyo ideal ha servido de inspiración a muchos durante los últimos 200 años. Cuando Ghandi anunció que el derecho humano a la libertad puede afirmarse mediante la no-violencia y la desobediencia civil, estaba proclamando una cosmovisión cuyos parámetros eran la libertad y la dignidad. Un mendigo de Bombay ve en un plato de arroz un reflejo del paraíso; un agente de la Bolsa de Nueva York lamenta la injusticia del mundo porque al final del día no ha podido hacer la fortuna con que había soñado. Cada individuo tiene su mundo y cada uno lo mira desde un ángulo particular.

Definición

¿Qué es exactamente una cosmovisión?

Primero, toda cosmovisión provee un punto de partida. Cuando alguien dice "Creo", "Prometo", "Estoy seguro", se está refiriendo a una premisa fundamental. Una vez que ésta queda establecida, la vida comienza a tener una dirección y un destino; el mundo de ese individuo empieza a cobrar un perfil definido.

Segundo, toda cosmovisión responde a las preguntas básicas de la vida. Como la filosofía — con la que tiene contactos — una cosmovisión formula y contesta preguntas que tienen que ver con

la realidad, la verdad, la ética y la historia.

Hablar de realidad es referirse a lo fundamental. ¿Es Dios real? ¿Es la humanidad real? ¿Forma el árbol de la esquina parte de la realidad? ¿O existe algo, más allá de los árboles y los seres humanos, que constituye la realidad verdadera? ¿Quién o qué es ese algo trascendente y totalizador: Dios, las ideas o la mera existencia? La respuesta a estas preguntas contribuye a delinear una cosmovisión.

La segunda área de interés en materia de cosmovisión es la epistemología. ¿De qué modo llegamos a saber algo? ¿Cómo determinamos que algo es verdadero o no? ¿Cuáles son las condiciones y las limitaciones del conocimiento? ¿Son los seres humanos los únicos responsables por el descubrimiento y la verificación de la verdad? ¿Varía la verdad con respecto al individuo, la situación y la época? ¿Es la verdad relativa o absoluta, objetiva o subjetiva, relacionada con la experiencia o independiente de ella?

Toda cosmovisión también tiene que ver con la axiología, vale decir, con la ética y la estética. ¿Sobre qué base decidimos que una acción es correcta o incorrecta? ¿Existe alguna norma fundamental para la conducta? ¿Dónde en-

cuentra su apoyo esa norma: en el ser humano o en una entidad externa? ¿Es esa norma relativa o absoluta? ¿Dónde se origina: en la tradición, las costumbres, la práctica general, la situación, la religión, las autoridades?

La cosmovisión toca asimismo cuestiones de estética. ¿Qué es la belleza? ¿Está lo bello realmente en los ojos del que mira o en el objeto mismo? ¿Qué vuelve atractivo un objeto: sus colores, su mensaje social, su invitación a la reflexión, su proyección de un ideal? ¿Cómo se relaciona la belleza con la ecología? ¿De qué manera evaluaremos la espinosa y la rosa, la palmera y el desierto, el león y el cordero, la calma y la tormenta, lo bello y lo feo dentro de una cosmovisión unificada?

Tercero, toda cosmovisión debe conferir significado y propósito a la existencia humana en el continuum de la historia. La cosmovisión no debe conformarse con responder a preguntas acerca de la realidad, el conocimiento y la ética. Debe tratar también asuntos relativos al origen, naturaleza y destino de la raza humana en medio de las contingencias históricas y existenciales de la vida. ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Adónde voy? ¿Qué relación tengo con los que me rodean? ¿Por qué me siento limitado? ¿Qué era yo antes de venir al mundo? ¿Estaré aquí para siempre? ¿Qué es la muerte, y qué hay más allá de la muerte? ¿Soy yo sólo un accidente? ¿Es la historia una serie azarosa de acontecimientos o tiene un propósito?

La manera en que cada individuo conteste a estas preguntas

desde la perspectiva de la cosmovisión que ha elegido determinará si se convierte en una criatura dominada por fuerzas históricas o si logra determinar su propio destino.

Limitaciones

Puesto que somos los seres humanos los que vamos forjando nuestra cosmovisión individual — para lograr unidad de pensamiento y de acción— no debe sorprendernos el que ésta sea limitada y falible. De ahí que debamos abocarnos a la tarea de construir una cosmovisión con humildad y disposición de aprender. Pero la humildad no es escepticismo; es una actitud mental, una percepción de que la tarea es mayor que nosotros mismos, y que no somos capaces de entender de una vez toda la problemática ni abarcar todas las dimensiones de nuestro complicado mundo.

Por otra parte, el hecho de que una cosmovisión incluye diversos factores integrados nos previene contra una rigidez excesiva. Cuando cambiamos uno de ellos, debemos también ajustar los demás, con lo que el esquema total se va alterando. Por eso el proceso de comprender la realidad y la verdad incluye a la vez una recorrida y un destino, lo accesible y lo remoto, lo claro y lo misterioso. La actitud de apertura es un requisito esencial para quien desee construir una cosmovisión válida.

Premisa y Construcción

Toda cosmovisión se apoya en el postulado básico o en la creencia fundamental que un individuo decide adoptar. Al variar la premisa, varía la cosmovisión. En la medida en que la estructura conceptual que se construye sea coherente con los presupuestos fundamentales, la cosmovisión será defendible. Si los postulados no se comprenden o no se definen adecuadamente, la cosmovisión resultará defectuosa e incluso

puede mostrar indicios de descomposición. Cada declaración, argumento y conclusión que expresemos deben mantener coherencia con la premisa fundamental de nuestra cosmovisión.

Como ejemplo de lo que venimos diciendo, vamos a considerar el idealismo, tal como lo expuso Platón. Su punto de partida es la existencia de una Mente Universal. Su cosmovisión consta de ideas puras. Platón diría que todo lo que experimentamos es sólo una expresión limitada de una idea fundamental. Así la *idea* de un árbol es real, mientras que el árbol que vemos es sólo una sombra del árbol verdadero que existe en el mundo de los paradigmas. Lo mismo se aplica a los otros objetos o seres que observamos: son meras sombras o reflejos de su correspondiente idea, que es real. Detrás de todas estas ideas hay una Idea Infinita y Absoluta. La Mente Universal, concluye Platón, es la realidad fundamental.

En base a esta premisa, Platón elabora su visión de la vida en la cual cada parte se relaciona de algún modo con el mundo de las ideas puras. En su epistemología, se llega a la verdad mediante un ejercicio mental. Para Platón, la percepción, la experiencia y la utilidad son factores secundarios; y la verdad existe, no debido a ellos, sino a pesar de ellos.

La ética idealista es también un reflejo del Ideal Absoluto. El bien, la verdad y la belleza no varían de época en época. No son creados por los seres humanos, sino que son parte de la naturaleza misma del universo. Desde la perspectiva del idealismo el mal es un bien incompleto o imperfecto—el resultado de la desorganización que todavía existe en el universo.

Alguien diferente de Platón podría examinar la cosmovisión idealista y decidir que no puede aceptarla por estar en desacuerdo con sus conclusiones. Pero el idealista respondería que su concepción del mundo es consistente con su premisa fundamental.

En efecto, estos supuestos básicos se aceptan por fe y cada uno tiene la libertad de aceptarlos o rechazarlos. Por eso Walsh y Middleton afirman que es posible descubrir elementos religiosos y de fe en toda cosmovisión:

"La fe es una parte esencial de la vida. Por naturaleza, los seres humanos tendemos a confesar, creer y confiar en algo. Y nuestra cosmovisión está determinada por aquello en lo que depositamos nuestra fe. Este cometido diseña, en última instancia, el perfil de nuestra cosmovisión. Quienes tienen dudas acerca de su cosmovisión se sienten inquietos e inseguros, porque carecen de algo sólido en que apoyarse".⁴

El idealista que veníamos considerando se siente seguro en su cometido de fe, porque le ofrece un punto de partida y una dirección. Pero a la vez tiene que hacer frente a otras cosmovisiones: el materialismo, que interpreta la vida en base a lo tangible y observable; el romanticismo, que considera la naturaleza como la fuente de la vida; el humanismo, que valora la realidad desde la perspectiva exclusiva de los seres humanos; el misticismo oriental, para el que la existencia y la no existencia son dos caras de una misma moneda; y muchas otras.

¿Qué puede hacer el idealista ante estas opciones? Puede descartar, modificar o reafirmar su cosmovisión, y junto con ella su premisa básica y su cometido de fe. En efecto, cada ser humano está siempre construyendo y modificando su cosmovisión como resultado de las experiencias de la vida y de su reflexión sobre ellas.

Esto nos lleva a una pregunta fundamental. Si para el idealista o para el marxista la construcción de una cosmovisión es una tarea importante, cuánto más ha de serlo para el cristiano, que hace afirmaciones extraordinarias con respecto a los seres humanos y al universo, acerca del presente y la eternidad.

Cosmovisión Bíblica

El Nuevo Testamento es explícito en cuanto a su cosmovisión. La introducción al Evangelio de San Juan ofrece un ejemplo de la certidumbre y claridad con que los apóstoles expresaron su cosmovisión cristiana:

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella . . . Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:1-3, 14).²

Esta elocuente declaración es tan rotunda, que no deja duda alguna con respecto a la premisa y a los alcances de esta cosmovisión Cristocéntrica. El apóstol afirma: Yo sé quién soy, porque Cristo me ha alumbrado. Sé qué puedo llegar a ser: un hijo de Dios. Sé también hacia dónde voy: a compartir su plenitud, "gracia sobre gracia" (Juan 1:9-13,16).

La venida de Cristo fue para los primeros cristianos el punto de partida de una nueva cosmovisión, en contraste con la visión del mundo de origen griego que predominaba en esa época. Examinemos algunos de los contrastes. El sistema griego estaba regido por una ontología dualista que consideraba buena a la mente y mala la materia; por una epistemología racionalista en contacto continuo con el mundo de las ideas y los objetos; y por una ética que se basaba en la armonía racional de la naturaleza.

La proclamación cristiana, en cambio, no tiene nada en común con esa cosmovisión. Rechaza el esquema dualista y afirma la naturaleza integral y la bondad original de lo que Dios ha creado.

Su antropología concibe a los seres humanos como una unidad; sitúa el mal no en el cuerpo sino en las libres decisiones humanas; y afirma que el mal es sólo una interrupción en el gran plan de Dios. Su concepto de la realidad es teocéntrico. Su epistemología se basa en la revelación divina: Dios ha hablado (Hebreos 1:1) y nosotros hemos oído. Su ética también se enraza en los principios revelados por Dios y que se expresan en relaciones personales regidas por el amor.

Nuestra responsabilidad personal, como cristianos, consiste no sólo en proclamar la singularidad de Cristo y en señalar los defectos de los sistemas humanos, sino también en construir una cosmovisión que sea netamente cristiana y bíblica.

Siete Afirmaciones

La cosmovisión cristiana tiene como punto de apoyo la fe en Cristo Jesús. Sobre esa base se pueden levantar siete pilares fundamentales:

1. Dios es la realidad última.

"En el principio Dios . . ." (Génesis 1:1). Tal es el punto de partida de todo lo que existe. Porque Dios existe, yo soy. Sin él, nada existe. En él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser (Hechos 17:28). En la perspectiva cristiana, Dios es el centro y punto de referencia de todo. El constituye la realidad esencial. Es la causa y el diseñador de la vida en todas sus formas. Sus acciones tienen estructura, propósito y orden.

La Biblia indica que ese Dios no es una fuerza, una idea o una mente impersonal y distante. Es una Ser que vive,³ se comunica con los seres humanos y busca relacionarse con ellos.⁴ Es un Soberano que hace planes; por eso los eventos históricos no son simples accidentes desconectados, sino evidencias de su soberanía en el contexto de la libertad humana.⁵ Es un Padre que se compadece y que vela sobre sus hijos.⁶ Es una

Persona que sufre al ver los estragos del pecado en la vida humana.⁷ Es Alguien que se regocija,⁸ ama,⁹ se aira,¹⁰ y juzga.¹¹

Si Dios, como Persona, confiere a la cosmovisión cristiana un tono de calidez e intimidad, como Creador ofrece una sensación de realidad que es abarcante e infinita. "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Génesis 1:1). "En el principio era el Verbo . . . Todas las cosas por él fueron hechas . . . A todos los que lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1:1-2, 12).

La introducción del Génesis y el prólogo de Juan declaran que ninguna cosmovisión puede responder satisfactoriamente a las preguntas esenciales de la vida, a menos que reconozca al Dios Creador-Redentor. La actividad creadora de Dios revela que él es no sólo la causa y el origen de todas las cosas, sino que también trasciende la creación aunque se mantiene en relación con ella.

Al aceptar la enseñanza bíblica de la creación, llegamos a comprender mejor el sentido de la ecología y de la historia. Puesto que Dios es el Creador, no hay nada intrínsecamente malo en la materia, ni nada sobrenatural en la naturaleza.

2. Dios se ha revelado a los seres humanos.

Al referirnos a Dios como Persona y como Creador, aludimos a la posibilidad de que se haya comunicado con los seres que ha creado. En efecto, la Biblia declara que el Dios que creó el mundo "con la palabra de su boca", también se ha comunicado "muchas veces y de muchas maneras" con sus criaturas mediante la palabra (Hebreos 1:1). "Toda la Escritura es inspirada por Dios" (2 Timoteo 3:16), afirma Pablo.

Para el cristiano, la Biblia es uno de los medios principales que Dios emplea para orientar a los seres humanos en su búsqueda de la

vida plena. De ahí que contenga admoniciones. De Jesús: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Juan 5:39). De Juan: "Estas [cosas] se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:31). De Pablo: Las Escrituras nos fueron dadas "para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Timoteo 3: 16).

Al considerar a la Biblia como la revelación de Dios, sentamos las bases epistemológicas y éticas de la cosmovisión cristiana. La Biblia no es una enciclopedia divina; sin embargo, se refiere a las grandes cuestiones de la existencia humana: ¿Quién soy? ¿De dónde vine? ¿Adónde voy? ¿Qué significado tiene la historia? ¿Qué nos sucede al morir? ¿Cómo se relaciona Dios conmigo? ¿Cómo me debo relacionar con los otros seres humanos y con el mundo natural? La Biblia responde a estas preguntas fundamentales, y la cosmovisión cristiana incorpora esas respuestas en su estructura conceptual.

Aunque la naturaleza y las Escrituras revelan al Creador en toda su majestad y soberanía, la revelación más completa y final de Dios ocurrió en la persona de Jesús. El es "la imagen del Dios invisible" (Colosenses 1:15), el "resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia" (Hebreos 1:3). Toda la plenitud de Dios el Padre habita en él (Colosenses 1:19; 2:9). Al contemplar a Jesús, el Hijo de Dios, vemos la gloria del Padre (Juan 1:14; 12:45). Cuando lo honramos a él, estamos honrando al Padre (Juan 5:23). Y cuando lo aceptamos a él, estamos recibiendo al Padre (Lucas 9:48). Cristo Jesús revela la naturaleza de Dios (Juan 1: 18), habla las palabras de Dios (Juan 3:33) y manifiesta la gloria

de Dios (2 Corintios 4:6). La autorrevelación de Dios en Cristo es una verdad completa y absoluta.

3. Dios creó a los seres humanos a su propia imagen.

El relato bíblico afirma que el ser humano no es ni un accidente cósmico ni el resultado de un azaroso proceso evolucionario. Somos el resultado directo de la voluntad y el propósito de Dios, y el acto culminante de la creación. El concepto de que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios —tan medular en el Génesis— constituye la expresión más poderosa de nuestra dignidad y singularidad. En esa profunda declaración bíblica encuentran respuesta dos preguntas básicas de toda cosmovisión: ¿De dónde vengo? ¿Quién soy?

Qué constituye "la imagen de Dios" ha sido el tema de largas discusiones teológicas a través de los siglos. Y se han propuesto diversas explicaciones en cuanto a su significado: racionalidad, apariencia física, individualidad, dominio sobre lo creado, creatividad, facultades morales, personalidad, etc.¹² Sin dejarnos distraer por estas discusiones, bastará puntualizar que la frase "imagen de Dios" coloca a los hombres y a las mujeres en una posición única de dignidad y valor. Somos materia, pero estamos por encima de la materia; somos criaturas, pero somos superiores a las otras criaturas; llevamos en nosotros la imagen de Dios, pero no somos Dios; no somos sólo seres conscientes, sino seres conscientes de que somos conscientes; tenemos la capacidad única de investigar el pasado, el presente y el futuro; la historia, la acción y la esperanza nos pertenecen.

Cuando la cosmovisión cristiana afirma que los seres humanos fuimos creados a imagen de Dios, declara al mundo entero que no aceptará ningún concepto acerca de su origen y naturaleza que no nos reconozca como hijos de Dios.

4. El pecado ha dañado la creación de Dios.

La cosmovisión cristiana reconoce no sólo el elevado nivel en que la Biblia sitúa al ser humano en la creación, sino también la profundidad a la cual ha caído como resultado del pecado. Tanto la dignidad como la depravación de los seres humanos son parte de la antropología bíblica.

El problema del mal es un factor esencial en la construcción de una cosmovisión cristiana. El dolor y la muerte nos acechan constantemente. ¿Conviven en nosotros el bien y el mal debido a un dualismo permanente e irreconciliable de nuestra propia naturaleza? La respuesta bíblica es un rotundo No. La Biblia declara que el pecado es una interrupción en el orden y el plan original de Dios. Afirma que fue causado por la decisión de seres creados libres que escogieron actuar de modo contrario a los designios y la voluntad de Dios. Esta aseveración, que no se limita a un remoto pasado, representa el intento de la criatura de considerarse a sí misma como un dios.

Cuando el yo invade un dominio que no le corresponde, cuando ambiciona ser lo que no puede ser, el mal comienza a establecer su soberanía. Tal desafío separa a los seres humanos de su contacto estrecho y personal con Dios. Y esta separación provoca inevitablemente distorsión en las percepciones, las relaciones y los valores. Como resultado, la humanidad agoniza en un caótico y desesperanzado dilema.

Cuando la Biblia dice que los seres humanos somos pecadores, se refiere al hecho de que hemos escogido desobedecer la voluntad de Dios y rebelarnos contra él. A causa de la desobediencia, toda la raza humana se encuentra bajo el dominio del pecado. Isaías pinta un cuadro horroroso de nuestra depravación: "Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana" (Isaías 1:5-7). Las implicaciones

Continúa en la página 30

Cosmovisión

Viene de la página 8

son claras: el ser humano en todas sus dimensiones — física, mental, espiritual, emocional, social— está afectado por el pecado, y junto con él la creación entera gime bajo el peso del mal (Romanos 8:22).

La penosa realidad de una humanidad depravada, de unas relaciones alienadas, de una naturaleza sufriente confirma la certera declaración de C. S. Lewis: "No hay un lugar neutral en el universo: cada centímetro, cada segundo, son reclamados por Dios o por Satanás".

5. Dios está librando un conflicto con Satanás.

La realidad del mal en el universo es un factor significativo en la construcción de una cosmovisión cristiana. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, la Biblia describe el perenne conflicto entre las fuerzas del mal encabezadas por el diablo, y las fuerzas del bien dirigidas por Dios. La Biblia nunca le resta importancia a la existencia de Satanás y a su siniestro papel en la historia de la humanidad. Por el contrario, describe el origen de su rebelión contra Dios en el cielo (Apocalipsis 12:7-10), su derrota y expulsión (Lucas 10:18), y su eventual aniquilamiento final (Apocalipsis 20:7-10).

A partir de aquella rebelión inicial, la historia ha sido dominada por el conflicto de dos reinos: el de Cristo y el del Enemigo. Desde la perspectiva de ese conflicto, el cristiano puede comprender mejor las complejas cuestiones de la vida y aprender por lo menos dos lecciones. Primera, que la controversia gira en torno al verdadero carácter de Dios: ¿Pueden coexistir el amor y la justicia en la naturaleza divina? ¿Es lo que Dios espera de sus criaturas algo imposible de cumplir?

La segunda lección tiene que ver con el inevitable triunfo del bien, hacia el cual se está moviendo la historia universal. Por eso el

concepto cíclico de la historia, con su carencia de sentido y propósito, es ajeno a la cosmovisión bíblica. Esta concibe a la historia como un proceso lineal, que avanza inexorablemente hacia su culminación. Desde la creación hasta la restauración, la teleología domina la historia bíblica testificando que Dios se revela y actúa soberanamente en ella.

Observados desde este punto de vista, los variados y confusos sucesos de la historia — con el malo que prospera y el justo que sufre, con Nimrod y Hitler— cobran un significado más claro. El libro de Apocalipsis indica que la historia se dirige a su fin, cuando los reinos de este mundo se convertirán en los reinos de nuestro Señor, cuando su voluntad y soberanía, su justicia y amor serán reconocidos universalmente, y cuando por fin se llevará a cabo el propósito original de Dios en la creación (Apocalipsis 14: 6-7).

6. Dios ha tomado la iniciativa de restaurar la humanidad mediante la actividad redentora de Cristo.

La venida de Cristo representó no sólo la autorrevelación más completa de Dios, sino también su método de resolver para siempre el problema del pecado y de poner fin al conflicto entre el bien y el mal. La vida, muerte y resurrección de Cristo cambiaron el significado de la existencia humana. La historia encuentra en él su centro y culminación. Por ser al mismo tiempo humano y divino, trascendente e immanente, Jesucristo pertenece a la historia y está más allá de la historia. Es un hombre entre los hombres y también el Redentor de todos los hombres.

Jesús crucificado y resucitado es el desafiador de la muerte y el definidor de la vida. El expuso ante el universo la verdadera naturaleza del mal — una rebelión contra la realidad auténtica de Dios— y el verdadero significado de la vida. Y lo hizo sometándose a la tortura de la cruz y emergiendo del sepulcro.

Mediante la crucifixión y la resurrección Dios no sólo reconcilió el mundo a sí mismo (2 Corintios 5:19) y redimió a la humanidad de la maldición del pecado, sino que también venció al diablo en el encuentro culminante de la gran controversia. Esta victoria frente al mal y su destrucción al final de la historia son temas que se repiten en el Nuevo Testamento (Juan 12:31-33; 14: 30; Colosenses 2:15; Hebreos 2:14-15; Apocalipsis 12:10-11). Son también temas que ayudan a comprender el carácter teleológico y redentor de la cosmovisión cristiana.

7. Dios ha asegurado la restauración final y la llevará a cabo.

Finalmente, la cosmovisión cristiana contempla el presente como un período de preparación activa, como una etapa significativa y esperanzada. A la vez se proyecta hacia el regreso de Cristo y la culminación de la historia. Cristo mismo se sentará para juzgar la era presente y todo lo que ella significa. El que trajo las buenas nuevas de la salvación se levantará para pronunciar su juicio final sobre la rebeldía pertinaz. El conflicto cósmico llegará a su fin y todo aquello que persista en su hostilidad contra Dios será destruido. La Biblia describe este acto como un fuego que consumirá y purificará los elementos de la tierra (2 Pedro 3:10-13).

Al efectuarse esta purificación apocalíptica, se cumplirá la promesa de Dios: "He aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra" (Isaías 65:17). Este nuevo cosmos estará en armonía con los eternos designios de Dios; será el nuevo hogar de los redimidos, libre de todo vestigio de nuestra triste historia.

Esta esperanza segura de una restauración total confiere a la cosmovisión cristiana dirección y propósito. Su proyección teleológica anima al cristiano a mirar más allá del presente, a ser un optimista en medio de la desesperación, a no darse por vencido cuando sus

preguntas no reciban respuesta inmediata, a atesorar la certeza de que un día no lejano Dios abrirá para siempre las puertas del conocimiento pleno y de la eternidad.

Conclusión

Una cosmovisión es una estructura conceptual, una perspectiva desde la cual contemplamos la existencia y procuramos definir la realidad, la verdad, la ética y la historia. Es también una estructura confesional que escoge un punto de partida, marca una trayectoria y apunta hacia un destino. Aunque no todos somos conscientes de nuestra cosmovisión, todos la utilizamos para darle unidad y sentido a la vida.

Como cristianos, debemos conocer las bases e implicaciones de nuestra cosmovisión. Esta no sólo debe ser teocéntrica y bíblica, sino que también reclama nuestro cometido. Nadie debe sentirse avergonzado de expresar su fe. Los seres humanos, en última instancia, basamos nuestras convicciones en evidencias suficientes y no en demostraciones inequívocas. Nosotros anclamos nuestra cosmovisión en Cristo, tal como lo revelan las Escrituras y la historia.

Una cosmovisión tal afirma la existencia real de Dios, quien se eleva soberano sobre la creación y a la vez se comunica con sus criaturas. Reconoce el problema del pecado y la presencia del mal, que presentan un desafío al carácter de Dios y al destino humano. Reconoce también que a lo largo de la historia y en la vida de cada individuo se libra un conflicto entre el bien y el mal. Dios ha revelado el origen y la naturaleza de dicho conflicto, ha ofrecido a los seres humanos la posibilidad de salir vencedores en él, y encamina la historia hacia el triunfo definitivo del bien y a la restauración de todas las cosas. El método que Dios ha escogido para lograr sus objetivos es Cristo. Dios en Cristo se convierte, así, en el

punto focal de la cosmovisión cristiana.

NOTAS

1. Brian Walsh y Richard Middleton, *The Transforming Vision: Shaping a Christian World View* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1984), p. 35.

2. Todas las citas de la Biblia corresponden a la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

3. Deuteronomio 5:26; Josué 3:10; Isaías 37:4; Jeremías 10:10; Mateo 16:16; Romanos 9:26; 2 Corintios 6:16; Apocalipsis 7:2.

4. Génesis 2:16; 17:1-3; Exodo 29:42; 33:9-11; Deuteronomio 5:4, 24, 27; Salmo 85:8; Isaías 52:6; Hebreos 12:25.

5. Génesis 50:20; Job 1:12, Salmo 40:17; Proverbios 16:9; Isaías 46:11; Jeremías 26:3; Romanos 8:28; 2 Timoteo 1:9; 1 Juan 3:8.

6. Mateo 6:26, 28-30; 1 Pedro 5:7; Exodo 22:21-27; 23:9; 1 Reyes 19:5-7.

7. Génesis 6:6; Salmo 95:10; 1 Corintios 10:5.

8. Salmo 69:30, 31; Proverbios 16:7; Hebreos 11:5; 1 Reyes 3:10; 1 Tesalonicenses 4:1; 2 Timoteo 2:4.

9. 1 Juan 3:16; 4:16; Salmo 91:14; Exodo 34:6, 7; Jeremías 32:18; Isaías 63:7.

10. Salmo 7:11; 79:5; 80:4; 85:5.

11. Génesis 18:25; Salmo 50:6; 75:7; Hechos 10:42; Romanos 2:16; 3:6.

12. Ver Owen L. Hughes, "Creados a Imagen de Dios", *Diálogo*, vol.1, No. 2 (1989), pp.12-14, 29.

John M. Fowler (Ed.D., Andrews University) es director del Depto. de Educación de la División Sudasiática, en Hosur, Tamil Nadu, India. Este artículo resume un ensayo más extenso preparado por el autor durante un